

FA. Foel 000.544 91

El Rey

el Armas

153 / 1

Madrid
1814

Sala 20 P.

EDICIONES DE GRAN LUZ

S H Lee
dep

EL INGENIERO

QUIJOTE

COMPUESTO POR M...

Suntuosa edición dirigida por D. NICOLÁS DÍAZ
y grabados intercalados en el texto

• Dos magníficos tomos folio mayor ricamado
en rojo y canto dorado. — Su precio 200 pesetas
reducido de ejemplares impresos sobre papel
de 100 pesetas ejemplar.

HISTORIA GENERAL

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

POR DON...

FA. Folle 005.514

EL REY

Y

EL TIRANO.

SUEÑO POLÍTICO,

TRADUCIDO

POR DON FRANCISCO GRIMAUD

DE VELAUNDE.



MADRID

IMPRESA DE ÁLVAREZ, POSTIGO DE SAN
MARTÍN, N.º 7. — 1814.

R 41982

aproveche entre tanto del tiempo , impregnando su corazón mas y mas en aquellos sentimientos de humanidad y bondad tan sencillos , y al mismo tiempo tan difíciles de adquirir para el que llega á empuñar el cetro , sin haber experimentado la adversidad.

No dudo que lo leerán con gusto todos los españoles , amantes de su Rey y de su patria , tanto por las bellezas que encierra en la parte literaria , como por las interesantes descripciones que hace de la tiranía y del gobierno paternal de un buen Rey. En la una , se verá la imágen de la felicidad que

disfrutaremos en el reynado de nuestro actual Monarca ; y al contemplar en la otra el despotismo , que nos sumergió en tan larga serie de desastres , que arrancó la corona de la cabeza de nuestros Reyes , y envolvió en las ruinas del trono derrocado , al mismo favorito que con sus maldades habia esclavizado á la nacion , levantarán las manos al cielo y exclamarán :

Di , meliora piis , erroremque hostibus illum.

1848
The first part of the report is devoted to a general
description of the country and its resources. It
then proceeds to a detailed account of the
various branches of industry and commerce,
and concludes with a summary of the state of
the country at the end of the year.

Soñé yo un dia que me hallaba errante, fugitivo, y que disfrazado con una pobre ropa, sin asilo y casi sin tener que comer, unas veces atravesaba ciudades opulentas y otras aldeas arruinadas; pero yo siempre conservaba toda mi dignidad y entereza; y sin humillarme á implorar socorro ageno, me mantenía con el fruto de mi trabajo, experimentando cierta satisfaccion interior, que me causaba el ver que yo me bastaba á mí mismo. En este estado de humillacion, no de baxeza, meditaba sobre los deberes de los soberanos, y sobre los medios de hacer feliz á un pueblo. En medio de la desgracia mis pensamientos eran mas elevados, mas rectos y mas puros; y quando estaba padeciendo, conocia mucho mejor lo que debe un hombre á otro hombre. Contemplaba al rico, y decia en mi

corazon: ¡oh desgraciado! que el oro ha corrompido tu alma. ¡De qué multitud de sentimientos te priva tu triste opulencia! Tú cada dia te endureces mas; y á mí las lágrimas que derramo me le hacen mas delicioso que el anterior; devora tú baxamente la subsistencia comun, miéntras que el exercicio útil de mis brazos, consolida la salud de mi cuerpo y la de mi alma. Si algun dia llegas á estar dotado del don de sentir, las mexillas te se sonrostrarán al verte en mi presencia.

Rendido y fatigado entré en la cabaña de un pobre labrador, donde algunos infelices, de costumbres tan sencillas como puras, me ofrecieron una estera para que descansase: y sobre aquella pobre cama, me formé una idea dulce de un verdadero Rey, que hace á sus pueblos felices, dueño de sí mismo, é idolatrado de todos sus súbditos. ¡Los desgraciados son los que piensan con mas frecuencia en el padre de la patria! y esta amable

ilusion me hacia olvidar mis males.

Salí de allí, despues de haber dado las gracias á mis huéspedes, y por la mañana llegué á una especie de bosque, tan lleno de maleza, que no se podia atravesar. Me extravié: andaba perdido en lo mas caloroso del dia, quando descubrí sobre una altura algunas encinas corpulentas que formaban un bosquecillo muy frondoso: me encaminé ácia él, para ver si descubria desde allí algun camino, y hallé una Matrona avanzada en la edad, pero robusta y vigorosa: estaba sentada sobre una áncchurosa columna hecha pedazos; tenia la frente cubierta de cicatrices, sin que por eso fuese ménos noble y terrible; algunos cabellos blancos caían sueltos sobre sus espaldas, y las arrugas de su frente la hacian mas respetable.

Me dirigí ácia ella á paso firme, y ya iba á hablarla quando me dixo: á tí, que eres hombre de valor, y has combatido la adversidad, estaba esperando: esas manos endurecidas con el trabajo

me agradan : pues no debo yo confiar un empleo penoso á aquellos que las tienen afeminadas : la fortaleza del alma no se halla sino en un cuerpo robusto. Á mi lado ves al heredero de un vasto imperio , él debe ser soberano de un país rico , y mandar á un pueblo docil , valeroso y fiel. ¡ Qué lazos para su orgullo ! Empero él puede conocer hoy la verdad , y yo le debo dar un grande exemplo. Tú eres el que han escogido los Dioses para conducirlo á la cima de aquella montaña escarpada que descubres desde aquí. Allí se presentará á sus ojos una pintura fiel ; pues quando tú te acerques se desvanecerán todos los obstáculos : verá cómo debe reynar y si llegase á despreciar esta leccion viva....pero no , no la despreciará.

Al oír estas palabras , tomé á aquel jóven Príncipe de la mano , que él mismo me alargó con un aire dulce y afable. No fué el orgullo lo que me hizo aceptar aquel noble empleo ; pues me decia yo á mí mismo : ah !

por fin puedo hacer ver la verdad á este Príncipe que amo: ¿quién sabe si mis palabras fructificarán con el tiempo en su corazón y si llegará día en que las opongá al envenenado lenguaje de los cortesanos? ¿quién sabe si podré yo librar á mis desgraciados compatriotas de los horrores de la miseria en que hoy se hallan sumidos? Un solo hombre puede hacer la felicidad de veinte millones de hombres; ¿Qué perspectiva tan risueña! La fisonomía de aquel Príncipe era noble é interesante: en su rostro se notaba no sé qué melancolía dulce, que en su edad anunciaba una alma fuerte, y quizá conmovida ya por la extensión de sus deberes. Dióme una mirada llena de bondad, y me dixo, amigo, que los Dioses se han dignado darme, tú te constituyes el intérprete del pueblo, y yo debo escucharte favorablemente. ¿Suspiras? Sin duda te compadeces de mí, porque me ves destinado á reynar. Yo quiero ahora mismo buscar el trato de los sabios,

y sacar de sus lecciones fuerza para mandar á los otros, y á mí mismo: instrúyame su experiencia. Enséñame con tiempo á despreciar la molición, á ser inaccesible á la adulación, y á conocerla por mas que se quiera disfrazar. Si me llego á ver arbatado contra mi voluntad áeia esta pendiente resvaladiza y desgraciada, y por la qual tantos soberanos se precipitan, tenga por lo ménos la dicha de encontrar un hombre firme y sensibile, cuya alma verdaderamente grande se atreva á sacarme de mi letargo, haga resonar en mi oido el acento victorioso de la verdad, y que no tema desagradarme. Yo amaré su franqueza....

Príncipe, le respondí, quando esteis sobre el trono, ya no será tiempo de oir esta verdad que buscais ahora. Ella se cubrirá hasta con el velo de la misma elocuencia, y no será mas que un sonido y un aparato inútil.... aprovechad los momentos que los Dioses os conceden, y tened pre-

sente que no han de volver jamás. Pero ¿qué es mi débil voz? Ah! quando paseis por entre las olas de una multitud atenta á leer en vuestro semblante algun indicio de sus futuros destinos, considerad las miradas codiciosas que de todas partes os dirijen. Aquellas miradas os hablan mudamente el language de la elocuencia y os dicen con voz aguda y penetrante: ó tú que has de ser el depositario de nuestra felicidad, dignate estudiar tus obligaciones para cumplir algun dia con ellas. En este instante os contempla el hombre virtuoso, que quisiera hacer pasar á vuestra alma el fuego generoso que lo anima: el hombre instruido quisiera daros todos sus conocimientos: el filósofo su moderacion y sus luces: el sabio su heroismo y sus costumbres sencillas, y el desgraciado dice en voz baxa: ¡ó cielos! dadle mi corazon, y la dichosa facilidad de derramar lágrimas. Conoced á tiempo el precio de estas miradas que os dirijen todos:

escuchad aquella voz de la multitud, que en todo corazon bien nacido debe aumentar el amor de la gloria, y el temor de la vergüenza

El Príncipe me apretó la mano, sin responderme. Caminamos un rato, y nos hallamos en lo alto de una montaña elevada. Por un lado estaba rodeada de précipicios espantosos, y debaxo de nosotros corria un rio, cuyas aguas mugiendo con un estrépito horrible se sumian en un abismo abierto, resonando á lo léjos con espanto formidable.

Aquella montaña levantaba su cùmbre hasta las nubes, de modo que al mirarla desde abaxo no se distinguia mas que una sola cima, pero salian del mismo pie otras dos separadas entre sí por una distancia enorme. En el un lado estaba la mansion del *gobierno justo*, y en el otro la de la *tiranía*. Cada una de las dos cimas tenia un sendero por do se subia á ellas: el uno era seguro y sin peligros: las acla-

maciones del pueblo acompañaban la marcha de los que el cielo había elegido para subir por él. El otro era trabajoso, áspero, y estaba cubierto de mil y mil arroyos de sangre: *el arroyo y la imprudencia*, origen de las mas espantosas desgracias, eran los únicos guias de los ambiciosos que para su perdicion tenian la temeridad de fixar allí sus plantas.

Al mirar á lo léjos estas dos montañas se tenian por una sola; pero considerándolas de cerca, se notaba demasiado bien su diferencia, y se veía que distaban mucho la una de otra. La del gobierno justo descollaba por entre un aire puro, y se levantaba sobre la atmósfera y las tempestades: la otra estaba en la region de los truenos, rodeada enteramente con la densidad de unas nubes tenebrosas, que de quando en quando rasgaban los rayos con su terrible fuego.

Entónces le dixé al tierno Príncipe que conducia por la mano: el Cielo permite que comprehendais

algunas diferencias que se ocultan á los monarcas imprudentes: acercaos: ved aquella Matrona, que tiene una talla magestuosa, y una figura que encanta, sentada sobre aquel trono resplandeciente, vestida toda de blanco, y cuyo cetro es un caduceo de paz. Así como el sol vivifica la tierra, del mismo modo ella con sus miradas protege los imperios y lleva á ellos la felicidad y la abundancia. Los hombres de bien la adoran: ella les inspira confianza, y los malos son los únicos que la aborrecen.

El respeto que inspiró al Príncipe su vista hizo que le saliesen los colores á la cara, y le rindió el homenaje que tributa un hijo bien educado á una madre respetable. Estaba aquella matrona llena de gracias y de magestad: en su semblante nunca habia mudanza, pues ni la ira, ni la venganza desfiguraban jamás sus facciones sagradas: su reynado era el del *siglo de oro*: la *clemencia* su virtud distintiva, y se llenaba de satisfaccion

con ocupar un trono, porque aquel era el mejor lugar del mundo para hacer todo el bien posible. Amaba las almas libres, y por eso tenia héroes por súbditos: el *honor*, el *mérito*, la *virtud*, he aquí quiénes eran sus cortesanos. Á su lado se veían la *gloria* y el *reposo*: el leon valiente descansaba á sus pies: montes de oro y de plata rodeaban su trono: la Diosa formaba de estos metales un rio que corria libremente, y distribuido con igualdad regaba hasta las partes mas remotas de su reyno; empero apreciaba ménos todos aquellos metales, que no los pingües frutos de la tierra. Los cogia con una alegría indecible, considerándolos como la única y la verdadera riqueza, y al mismo tiempo que se presentaban de tropel á su vista los pomposos monumentos de las artes, se complacia mas en fixar los ojos sobre un ciudadano, que apoyado en el arado, abria en los campos los surcos fértiles. Sus súbditos formaban un baluarte impenetrable

al rededor de su persona y los exércitos enemigos huían delante de ellos, como los cuervos lo suelen hacer delante de la reyna de la region del aire.

Preguntóme el Príncipe en seguida quiénes eran aquellas matronas que estaban al rededor de la Diosa. ¡Qué bellas son, exclamó! ¡Quánta dulzura y nobleza tienen! La que está sentada á la derecha, le dixé, en cuyos ojos se vé tanto candor y firmeza, es la *justicia*. Ved con qué zelo y prontitud socorre á aquel desvalido contra los atentados del poderoso, y ved cómo castiga á este último sin cólera y sin odio. Mirad á su lado aquella Señora tan noblemente vestida, con aquel aire franco, y aquella sonrisa graciosa: es la *paz*, la amable paz; sentada sobre una haz de lanzas quebradas, presentando un espejo al furor sangriento que se estremece al considerar sus mismas facciones. Aquel hombre que está un poco mas léjos, y cuyos brazos son tan nerviosos, cuyo

cuerpo parece que está lleno de fuerza y de brios, y que tiene los cabellos blancos, se llama *Nomos*: todo se inclina baxo su cetro, ricos y pobres, grandes y pequeños: inflexible en su equidad arrastra al suplicio al sátrapa exáctor; y hace caer aquella cabeza odiosa, que no habia meditado mas que proyectos sanguinarios. Siempre está en vela, y no puede cerrar los ojos sin que la confusion y el desórden ocupen al momento el lugar del órden y de la harmonía. Este es el único ministro de la autoridad real, y no puede tener otro mas fiel; no oye otro consejo que el suyo, y es el mas prudente que puede escuchar. La ilustrada diosa se apoya sobre su brazo, y nada se atreve á emprender, ni á resolver sin él: sus oidos se abren á las quejas: ménos aprecia el lustre del rango, que la importancia del poder en ella depositado. La corona no tiene magestad á sus ojos, sino en quanto sirve para el bien del estado.

El Príncipe aunque joven contemplaba todas estas cosas con la mayor atención: yo lo dexé que se saciase de admirar aquel espectáculo, gozoso de ver que imprimia con gusto en su memoria lo que en algun dia podria servir para la felicidad de todo un pueblo. Estando en lo mejor de sus reflexiones, lo cogí precipitadamente del brazo; baxemos, le dixé; venid á ver aquella otra diosa de la que un sin número de hombres estan tan locamente apasionados, que cometen mil delitos sin remordimiento alguno y se degüellan miserablemente entre sí, armando toda especie de lazos los hijos contra sus padres, los padres contra sus hijos, y los hermanos contra sus hermanos. Insensatos! desean como una felicidad el mayor de todos los males; esto es el poder arbitrario, origen de todos los extravíos, y de todas las desgracias.

El camino al principio parecia muy llano, pero á medida que se caminaba por él, se abrian los abismos

por uno y otro lado ; nos encaminamos por sendas tortuosas, que todas iban á parar á unos espantosos precipicios ; las zarzas y los abrojos retardaban nuestra marcha. A poco rato vimos las sendas regadas de sangre y cubiertas de hombres degollados. El Príncipe quiso retroceder : jamás, dijo, pasaré yo por este camino espantoso : mi corazon se horroriza.... los dioses así lo quieren : id , respondíle yo ; pero no pasareis por él sino para contemplarlo ; y la impresion terrible que os cause os será por siempre útil.

Llegamos á la cima y hallamos á la *tiranía* sentada sobre un trono que ridículamente habia afectado alzar. Fingia el semblante y acomodaba quanto podia sus acciones para imitar al *gobierno justo*. Se figuraba que su diadema era mas rica y respetable, porque estaba sobrecargada de oro, de diamantes, de mil piedras preciosas : creía tener consolidado perfectamente su trono sobre columnas de mármol y marfil, quando su base po-

co sólida estaba movediza y vacilante. Se llenaba puerilmente de orgullo la *tiranía*, por su púrpura, su cetro y su corona; y no veía sino aquel exterior aparato que hinchaba su corazón, al modo de un niño que quando está engalanado se cree con mayor mérito.

En todo lo que habia al rededor de ella se notaba un aire de orgullo, de ostentacion, de molicie, de prodigalidad y de lujo insultante. Tenia una porcion de cetros, pero con el esfuerzo que hacia para retenerlos parecia como fatigada y violentada. Se nos quiso sonreir graciosamente; empero su sonrisa forzada nos descubrió su alma falsa, pequeña, y cruel: nada tenian de noble sus facciones, y á pesar de sus vestidos fastuosos, todo lo que tenia anunciaba un no sé qué de baxeza. En su mirar azorado estaba pintado el terror: nada hacia con firmeza y dignidad: afectaba tratar con altanería y con desprecio á los que se acercaban á ella, creyendo que aquel era el ca-

rácter de la grandeza; pero lo que adelantaba con eso era hacerse mas despreciable que temible.

Estuvimos observándola largo rato: no estaba sentada un solo instante con tranquilidad. Unas veces se levantaba con el semblante pálido, creyendo que ya sentia el hierro vengador que penetraba en su corazón: otras veces centelleaban sus ojos con una rabia secreta, y se estremecía ella misma de los crímenes que iba á decretar. Amontonaba con vileza el oro á su alrededor; y despues lo desparramaba con profusion sobre sus mas viles hechuras, cómplices y executoras de sus atentados. Al dia siguiente se dexaba caer como un ladrón sobre una multitud de infelices, y les sacaba por fuerza y sin conciencia, hasta las monedas de ménos valor.

Su córte era la de las furias: vimos á la *crueldad*, á la *violencia*, á la *injusticia* y al *fanatismo* agitando su ardiente tea: este último la favorecia por aumentar su propia autori-

dad, y para, en llegando una vez á establecerla, amenazar hasta á la misma tiranía, y disputar la sangre de los pueblos. Todo aquel tropel conjurado contra ella, despedazándose con sus manos impías los unos á los otros, buscaba ocasion de hacerla sentir todos los males haciéndola al fin su víctima. El temor, la iniquidad, la desconfianza, y el furor apartaban de sus ojos el bálsamo del sueño. Sus esclavos los sacrificaba á su familia, las rentas del estado á sus antojos, y el estado todo y la corte á su persona. Una cabeza de Medusa la cubria el pecho. La menor reunion la hacia temblar, y si llegaban á hablarse al oido dos ciudadanos, al instante los hacia separar. La *adulacion* siempre en pie la hablaba al oido, y la insinuaba su eficaz veneno. Quanto mas grosero era, mas parecia haberse hecho para agradar á aquella Diosa. Detras de su trono, descubrí á Maquiavelo que estaba oculto, y la hablaba en voz baxa. La *tiranía* a-

paleaba con repetidos golpes á una multitud de gentes que estaban encadenadas y gimiendo: aquellos desgraciados forcejaban incesantemente, prontos á romper sus lazos con el hierro. Príncipe, exclamé, ved entre estas dos diosas cuál os parece preferible. Ah! me respondió, la primera me encanta y me enamora: aquella atrae ácia sí las miradas cariñosas de los Dioses y merece la adoracion de los mortales. Pero esta me horroriza, sus atrocidades me han llenado tanto de indignacion, que si quereis auxiliarme, ahora mismo iremos á precipitarla de lo alto de aquella roca... Oh! transporte noble, oh virtuoso heroismo! Esperad, Príncipe, un poco, esperad que la justicia de los Dioses no tardará en dexarse ver. Ay de mí! Algunas veces la virtud suele extraviarnos: queremos acelerar lo que el Cielo conduce con una sabia lentitud: él hace que baxe la tira á la tierra para castigar sus crímenes; pero en estos tiempos ya no hay Hé-

cules á cuyo cuidado se halle puesto el imperio del universo. Este semidios, protector del genero humano, iba de una á otra parte del mundo, no para exterminar las bestias dañinas (porque la ferocidad del leon, del tigre, de la hiena y la pantera nada es en comparacion del exêcrable abuso del poder) sino para aterrar á los tiranos que ocupaban los tronos, para acabar con los monstruos coronados que corrompen los dulces beneficios de la naturaleza, y hacen gemir á millares de hombres baxo la bóveda resplandeciente del firmamento, en medio de los tesoros de la tierra, y entre los milagros de la creacion. En quantas partes encontró Alcides á la dignidad real, la honró enseñando á los hombres á respetarla y la colmó de alabanzas, como á la protectora amable y á la soberana de los estados, como á la remuneradora de la virtud y como al terror del crimen. Por este medio mereció el respeto de todo el mundo: y por esta conducta mere-

ce servir de modelo al que el cielo favorezca, concediéndole la dicha de poderlo imitar.

Quando baxábamos hice observar al tierno héroe, que el lado de la montaña donde se hallaba sentada la pálida tiranía estaba escarpada todo al rededor, y socabada hasta el mismo trono. De repente oímos unos grandes alaridos y vimos aquella parte de la montaña bamboleándose poco á poco y luego desgajarse y sumirse con un ruido espantoso en los abismos que la rodeaban, qual roca enorme que levantada sobre el océano cae, y se abisma en un momento. Con aquella caída impetuosa de la montaña, quedaron envueltas en sus ruinas la tiranía y sus hijas abominables. Mil aclamaciones de júbilo y alegría dirigidas al cielo anunciaron que habia recobrado la tierra su libertad.

Aquel camino nos habia fatigado mucho: el Príncipe me dixo; yo estoy en ayunas, y quisiera comer alguna cosa, pero no veo por aquí

mas que rocas y algunas cabañas á lo léjos. Vamos por este lado , le dixé yo , tal vez allí encontraremos lo que necesitáis. La Diosa me habia dado mis instrucciones y yo me habia formado mi plan. Lo hize entrar en la primera cabaña á donde llegamos, y vió allí tres niños de muy poca edad y medio desnudos, que á porfia chupaban una manzana silvestre. ¿Teneis pan que darnos? les pregunté yo. No nos dieron otra respuesta aquellas criaturas que ponerse á derramar copiosas lágrimas. ¿Pues que? continuó el Príncipe admirado, suspenso y desconcertado; ¿no hay aquí un pedazo de pan? ¿De dónde nace esta miseria espantosa? Entonces salió del fondo tenebroso de aquella choza una voz lánguida que dixo: nosotros sabemos muy bien trabajar la tierra y hacer salir las mieses de su seno; sabemos soportar las mas duras faenas que renacen siempre con el sol: nosotros somos los que amontonamos el trigo en

los graneros públicos, pero no probamos el pan; y si acaso nos llega algun pedazo, es negro, mal amasado, y hecho de aquella parte grosera que se desecha para que coman los mas inmundos animales.

Pues ¿como es eso? dixo el Príncipe, yo veo los campos fértiles y abundantes: el cielo no ha hecho sentir su cólera sobre la tierra; ninguna borrasca destructora ha assolado las pingües espigas: yo veo por toda esta llanura mil hacinas de trigo... Los hombres, respondió la dolorida voz, mas crueles que la intemperie de las estaciones, nos ven con el semblante pálido y los miembros extenuados, sin acordarse siquiera de nuestras necesidades y aun tienen valor de hablarnos de las suyas que son imaginarias, é hijas de su dura y miserable vanidad. Quanto mas desgraciados somos, mas lejos vivimos de ellos: no temen ni el exceso de nuestra desesperacion, ni el instante de la muerte que pondrá fin á nuestras

penas y á los servicios que de nosotros reciben, pues estan bien seguros de volver á hallar en la infinita multitud de pobres muchos mas esclavos de los que puedan perder. A fuerza de sobrecargarnos de trabajo y de cercenar nuestro alimento componen esos grandes la opulencia que gozan sin remordimiento, y que consumen burlándose amargamente de nuestro estado.

¡O cielo! exclamó el Príncipe llorando, y se arrojó á mis brazos: ¿á dónde me has traído? Yo estoy sin duda entre los malhechores que expian los crímenes que cometieron contra la sociedad: no, esta no puede dexar de ser una habitacion de criminales... [Pues estos no lo son, le repliqué yo; pero á la indigencia y al crimen se los mira de un mismo modo. Ved esta cabaña abierta á todos los vientos, estos muebles despreciables que por fortuna han dexado los bárbaros exáctores, este triste hogar en donde humean algunas hojas secas, acercaos y tocad con

vuestras manos esta paja húmeda y medio podrida..... os estremeceis. Allí descansa aquella madre que ha alimentado con la leche de sus pechos á esas mismas criaturas, que algun dia derramarán toda su sangre por vos.... Basta: ya te entiendo, exclamó el Príncipe, tapándose la cara con ambas manos. ¡O Cielo! dadme medios para reparar tan funestos desastres.

El Cielo, repliqué yo, favorece los proyectos generosos, y les presta una fuerza victoriosa; y el monarca que posee las qualidades de un verdadero soberano está casi seguro de ver premiados sus planes con un éxito feliz. Llegará dia en que os vereis sobre el trono, y os molestarán los oidos con mil maximas de política: acordaos entónces de que en una ocasion tuvisteis hambre, y que os hallasteis entre unos infelices imposibilitados de daros un pedazo de pan con que aliviarla. Estableced los impuestos sobre los objetos de luxo,

y no sobre las necesidades de la vida: carguen directamente sobre la cabeza de los ricos, y no sobre la de los pobres: sea vuestro objeto hacer gozar á cada uno de la riqueza del estado, y que esta riqueza no esté fundada sobre la miseria comun. Los medios se presentan en tropel, la gloria, la grandeza, el poder de un reyno, son unas palabras insignificantes que desaparecen al lado de los nombres de libertad, comodidad y felicidad de los pueblos. La intriga buscará razones especiosas para ocultar la verdad, pero aquí la tenéis: ella os habla por la boca de esa muger moribunda y de esas criaturas inocentes que se van consumiendo de languidez. No quiera Dios que se aparte jamás de vuestra memoria esta imagen tan expresiva como verdadera. Oponedla incesantemente á aquellos rodeos sutiles y estudiados que son el patrimonio de los malvados y de los seductores. Decid quando veais una mesa opípara, hay hombres que

pasan hambre: y ántes de reclinar
 vuestra cabeza en las almohadas de
 pluma, hombres hay, que no tienen
 mas cama que el duro suelo, y estos
 hombres me han hecho á mi depositario
 de su felicidad. Entonces un
 fuego activo semejante á aquel sentimiento
 generoso que nace en los
 grandes corazones derretirá vuestra
 alma. Entonces la felicidad de los
 pueblos saldrá de vuestra boca, y
 de vuestras palabras vivificadoras; y
 experimentareis el regocijo que os
 causa el proteger á una familia obscura
 que está á doscientas leguas de
 vos, que jamás os ha visto y que os
 bendecirá del mismo modo que al Ser
 supremo á quien solo conoce por sus
 beneficios. Contad con que habeis
 de ser un gran monarca, y que habreis
 cumplido con todos vuestros
 deberes, quando vuestros ojos penetren
 la cabaña obscura donde vive
 el hombre laborioso, y derrameis al
 rededor de sus habitantes la subsistencia
 que tienen bien merecida, des-

pues de haber asegurado la de vuestros súbditos. Cien batallas ganadas, todos los monumentos pomposos de las artes, todas las producciones del genio, no valdrán á los ojos de Dios y de los hombres tanto como esta gloria fácil, natural y pura. Ved ahí la verdadera gloria, qualquiera otra es falsa, ilusoria y pasagera. ¿Qué mas podré deciros? El estado es una cadena inmensa de la qual vos sois el primer eslabon. Si no quereis que se rompa esta cadena, unid vuestro anillo fuertemente con el último. Entónces no habrá poder capaz de romper aquel íntimo enlace, que triunfará del tiempo; porque las generaciones que sucederán á la presente, heredarán su amor, su respeto y su aficion, únicas prendas de vuestra felicidad, puesto que la igual y mútua confianza del Soberano y del pueblo es la base eterna de los imperios.

Acababa yo de hablar, quando salió una sombra de la tierra y se puso ante nosotros. Estaba cubierta

con un velo, pero llevaba una corona, y dixo á mi héroe en un tono magestuoso, pero que no atemorizaba: O jóven, que has de ocupar mi mismo trono, escucha los consejos de un padre y de un monarca. Yo era naturalmente altanero, amante de la gloria, pero no tenia una idea exácta de ella: lo que no era mas que una fantasma de gloria lo miré yo como la gloria verdadera, trabajé en dar lustre á la nacion (demasiado tarde lo he conocido) pero hice poco por su felicidad. ¿Por qué no he preferido la utilidad? Esa ambicion que seduce á todos los reyes me cegó: á mí me faltaban aquellos principios de gobierno que el orgullo jamás ha conocido y que no se descubren sino á los que no han nacido para el trono. ¿Por qué no nací siquiera en el siglo ilustrado, en que debes reynar tu? Yo no hubiera tenido que hacer mas, que aplicar al sistema del gobierno aquellos principios fecundos, individualizados del

todo y presentados con aquella luz que ni aun se llegó á columbrar en el siglo en que yo viví: hubiera errado menos al elegir los medios; y puesto una atención menor en aquellas cosas que solo merecen el desprecio; conociendo al fin en qué consistia mi verdadera fuerza. Yo lo ignoraba, y sin embargo fuí por espacio de muchos años vencedor y temible. Los reveses me enseñaron lo que me habian ocultado los hombres: en la adversidad he descubierto lo que sesenta años no habian podido enseñarme. He visto que el trono necesitaba una base racional; pero era ya demasiado tarde, la muerte vino á destruir mi diadema. Si los Dioses anudasen el hilo de mis dias, en vez de distinguirme con el nombre de grande, aspiraria á merecer el de prudente. Yo conoceria que hay un arte de reynar, que estos conocimientos profundos no se adquieren en la corte, sino estudiando lo que han meditado los sabios que a-

maban al genero humano , y que han defendido su causa á la faz del universo. Tú te verás con el tiempo al frente del gobierno mas feliz. Tienes que dirigir á un pueblo activo y dócil , algunas veces entero pero nunca intratable ; brabo y fiel , siempre bueno y que adora á sus Reyes, aun antes de conocerlos. Á vuestro encargo queda el fecundar su talento y sus virtudes ; una ojeada de su Rey bastará para inflamarlos, y con solo querer, darás un grande impulso á todos los corazones....

El Príncipe se inclinó para abrazar aquella sombra sagrada ; pero ella volvió á meterse en el seno de la tierra. Agitado extraordinariamente se arrojó en mis brazos, como para recibir algun consuelo y aliviar en cierto modo la carga inmensa que habian puesto sobre sus hombros. Príncipe, le dixé yo, la historia verdadera de este rey meditada profundamente es una antorcha luminosa para todos sus sucesores : sus faltas son elocuen-

tes. Á lo que habeis oido ; que podré añadir ! En el campo donde habeis de trabajar la razon ha producido ya ricas mieses : en él han crecido y se han arraigado verdades muy importantes : si estas se han conocido una vez , excitan en los corazones bien nacidos cierto aspecto de interes mezclado con la admiracion y el amor. Adoptándolas preparareis á la legislacion el camino mas seguro y mas facil. ¿ Que es lo que habla con energía al pueblo ? lo que hace amar presentándosela como un deber sagrado ? y en fin ¿ qué es lo que le obliga á hacer sin dificultad los mas grandes sacrificios ? La *razon pública*, esta es la que habla y la que persuade : Ved ahí el orador absoluto que debe subir á la tribuna : cada ciudadano guardará cuidadosamente en su corazon lo que tenga relacion con los intereses de la patria : su entendimiento quedará ilustrado , su corazon conmovido , y su voluntad arrebatada por una fuerza tanto mas irresistible

quanto nada tendrá de arbitraria.

Consultad esta voluntad general; haced sentir, no tanto vuestro poder como el de la ley: no hay cosa mas facil de gobernar que un pueblo que piensa: tiene principios y conoce sus deberes, que para él son una barrera que no romperá jamás. Sois dueño de exaltar en él aquel sentimiento vivo del honor y dirigirlo á los mas grandes objetos: para esto es preciso que deis mas distincion al talento que á las riquezas, á la virtud que al nacimiento, al comercio y á la industria que á las artes frívolas. Respetad en cada ciudadano el valor, la integridad y aquel entusiasmo que inspira el amor del bien público: no envilezcáis á ningun estado para que todos esten contentos. Con un poco mas que adelanteis, ya no habrá preocupaciones que combatir; y uniéndose vuestra razon á la razon pública tendreis una fuerza extraordinaria. Los tiranos adoptaron aquella máxîma *divide si quieres reynar*: pero adoptad

vos esta otra mas justa y mas verdadera ; *ennobleced á vuestros súbditos, pues así os amarán mas y con su union sereis mas fuerte.* En todos los siglos el espíritu público ha dominado hasta á los mismos reyes. Principe conoced el siglo en que vivis: ahora hay dos cosas que señorean el universo, el talento y el poder: vos teneis este último ; el primero se presentará para serviros : no lleveis á mal que se siente á vuestro lado , y entonces tendreis aquella energía virtuosa que obra con vigor y sin retroceder un paso quando se trata de promover los intereses de la humanidad , á quien aun contra su voluntad se debe atender. No os hablo de recompensa , puesto que no la hay en el mundo para premiar á un hombre que hace felices á sus semejantes.... Me desperté al pronunciar estas palabras sin perder la esperanza de ver algun dia realizado mi sueño.

VIDAS POR REPARTOS SEMANALES

SO HIDALGO

DE LA MANCHA

DE CERVANTES SAAVEDRA

LA OBRA É ilustrada con una notable colección de oleos de RICARDO BALACA y D. J. LUIS PELLICER

cuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre
papel, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un
ejemplar unido y divididos en cuatro tomos al precio

AL DE ESPAÑA

LA MUERTE DE FERNANDO VII

ESTO LAFUENTE

